

1 Contrabando

3 Indice

8 La isla de los Dictadores

12 Desde termina la Esperanza

15 La Mina

19 La Fabela del Pinar

La Isla de los Dictadores

Se publica en el mes de mayo de 1964, con un tiraje de 10.000 ejemplares, el primer libro de la colección "La Isla de los Dictadores" que, en forma de novela, trata de la vida y la muerte de los dictadores de la isla.

El autor es el escritor cubano, José Martí.

Este libro es el primer de una serie que se publicará en forma de novela, tratando de la vida y la muerte de los dictadores de la isla. El autor es el escritor cubano, José Martí.

El autor es el escritor cubano, José Martí.

La isla de los Dictadores

Solemne, Jeremías se colocó ante el cuadro de Hitler.

Levantó el brazo a la manera de los nazis.

Gritó fuerte:

— Jai, Jéremi.

Se sintió complacido. Después de tanto tiempo de practicar el saludo, al fin le agradaba el tono que, esta vez, había dado a su voz.

— Jai, Jéremi — repitió.

Luego, bajó el brazo. Sobre el sillón en el que acostumbraba reposar leyendo, había dejado "Mi Lucha". Se sentó a releerlo. Faltaba poco, muy poco, para aprenderlo de memoria.

Mientras su vista recorría las líneas del libro, Jeremías Cabrera

realizaba una traslación mental. El, era el Feührer. El, era Hitler. El, habría de conquistar al universo.

A poco, Cabrera se cansó de leer. Salió de la estancia. Se asomó al barandal del pasillo y desde ahí, como si en el patio de la planta baja alguien le escuchara, dijo, con ademanes repetidos a diario:

— Pueblo de mi entraña: es dada la hora de arrebatarle a la historia el triunfo al que siempre hemos aspirado, pero que hasta ahora nos ha sido imposible de conseguir. Hay que desmoronar el sopor que nos envilece, para echarnos a andar, indetenibles, hacia el encuentro con el futuro. Nada nos impedirá forjarnos el horizonte de progreso que anhelamos. Nada. Somos los únicos herederos de la civilización y del mundo. Lo sé, porque he tenido un sueño en el que se me revelaba lo que llegaremos a ser. Las naciones nos verán con admiración y respeto, y querrán imitar nuestro sistema. Porque seguiremos el principio de siempre: ni con Washington ni con Moscú. Tan sólo, con nosotros mismos . . .

— ¡Jeremías! —La mujer invadió el patio, con el rostro alzado. Junto al barandal del segundo piso, encontró la figura de Jeremías, enfundada en el uniforme de gala, relumbrante de limpio y cuajado de condecoraciones—. Desde cuándo te estoy buscando y apenas te encuentro. Ven. La comida está lista.

Jeremías se sintió atterradoramente desconsolado. Anatolia, en su ignorancia, ni cuenta se daba de la falta que cometía: interrumpir la brillante inspiración del más grande conductor de pueblos que hubiesen visto los tiempos que pasaron, los que apenas transcurren y los que luego arribarán.

— Si no bajas pronto — Anatolia seguía hablando con la fuerza que de costumbre daba a sus palabras — se va a enfriar todo. Principalmente la sopa, que es de la que te gusta. Los demás aguardan en el comedor. Sólo tú faltas. Ya te digo.

Jeremías desbarató con enfado el nudo de la corbata. Asumiendo un trágico aire de dignidad, se dirigió a la recámara y tiró chaqueta, espadín y pistola. Cerró la puerta de golpe. Bajó la escalera a grandes saltos. Con premura abandonó el suntuoso palacio en donde habitaba, para dirigirse al edificio que albergaba la cocina y el comedor centrales.

Cuando entró, doce hombres se volvieron a verle. Jeremías ni saludó. Con todavía visible enojo, tomó asiento en la cabecera de la mesa. El lugar suyo, indiscutiblemente. Ninguno, fuera de él, se atrevía a sentarse ahí. No estaba escrito. Pero todos respetaban ese acuerdo jamás hablado. No podía ser en otra forma. Jeremías fue el primer habitante del lugar. Llegó mucho antes de los que luego le acompañaron. El estrenó el horizonte. El escogió la isla. El la compró. El fue el de la idea de invitar a sus congéneres en desgracia para que, junto a él, compartieran su soledad. Nada pidió a cambio, que no fuese el reconocimiento tácito a sus derechos de iniciador. En consecuencia, todos le respetaban. Los doce. Menos Anatolia.

— Sin ti, no podíamos empezar -le dijo Fabricio Núñez, el más anciano de los pobladores de la isla.

De porte soberbio y sin permitir que los años le estrujaran el esquema corporal, Núñez más parecía un noble europeo que un ex-dictador latinoamericano. La elegancia que daba a sus ademanes, el meticuloso cuidado de su figura, la galanura de su plática, la fineza de su vestimenta, el bigotillo y la cabellera cortados a la moda, hacían olvidar su humildísimo origen.

Indígena sin mezcla en la sangre, tuvo la virtud de ir transformando su fisonomía durante los cuarenta años que permaneció en el poder. Concibió una propia idealización de su imagen. Y logró hacerla realidad. El, era su mejor e indiscutible obra. En las cuatro décadas de su gobierno, ninguna otra la superó.

— Estás irreconocible -le expresaba de continuo su propia

madre, como para convencerse ella misma de que, no obstante la metamorfosis que Núñez mostraba, era el mismo hijo que había parido.

Núñez, no sólo atendió al cambio de su prestancia física. Porque con intensidad, se dedicó a compensar el tiempo que de niño no pudo dedicarle al estudio. Se compenetró de la historia del país, analizando las distintas etapas anteriores a su época. Se rodeó de gente cerebral, sin temor a que le opacasen. Más todavía: les envió de embajadores para que ya no fuesen militares y políticos indeseables los representantes de la República en el extranjero.

Fomentó el desarrollo de la más variada actividad artística. Para lograrlo, sancionaba con su presencia cuanto evento cultural de importancia se presentaba, tanto en la capital del país como en cualquiera de las provincias. Su gobierno tuvo la característica de estar enmarcado por el florecimiento de poetas, de escultores, de pintores, de músicos, de novelistas, que adquirieron un destacado prestigio internacional.

Rosario, su esposa hasta que la muerte se la hurtó, fue venero inagotable de la más fecunda inspiración. Pese a su origen lacayuno, "Rosario" era una de las novelas mejor logradas de la literatura nacional. Y su autor, Eugenio Condé, tenía el reconocimiento de los más serios y conspicuos críticos que en literatura española había. Eugenio Condé, ahora en el exilio, estaba dedicado a combatir en entrevistas, conferencias y artículos periódicos, a la revolución que había derrocado a su amantísimo protector.

La Revolución.

Con nada más que acordarse del vocablo, a Fabricio se le empañó la vista. Un dolor agobiante se le expandió por la garganta. La revolución. Maldita revuelta. Miserable ingratitud. Le echaron fuera. Le recetaron el exilio, sin consideraciones ni miramientos.

Le destriparon su exaltado egocentrismo. Pulverizaron su obra. Quemaron sus fotografías. Desgajaron sus estatuas. Borraron su nombre de calles, plazas, teatros, escuelas, paseos, edificios, monumentos, documentos. Ahora, era otro el destino nacional: otorgar a los obreros y campesinos — proclamaban aquellos revolucionarios que tan ostentosamente se autodesignaban como revolucionarios — los derechos que Núñez les escamoteó.

— A lo mejor . . .

Pero no. No era cierto. Nunca el país avanzó tanto sino cuando él, como único dueño del poder, decretaba lo que debía hacerse. Claro que institucionalizó la represión criminal y despiadada, pero porque la sociedad nacional exigía paz para el progreso.

Paz. En su nombre, las cárceles y los panteones se poblaron de disidentes. Ninguno tenía derecho a discrepar, ni remotamente, de la opinión oficial. Quienes se atrevían a hacerlo, eran considerados como fermentadores de inestabilidad y subversión. De modo que Núñez, poseído por el papel de intérprete de lo que querían los representantes de "su" sociedad, aniquilaba a los inconformes. Paz, era lo que el país ameritaba. Paz a como diese lugar. Paz a cualquier costo. Y Núñez la logró.

Aún sentía el violento irrumpir de la adrenalina en sus vísceras, con el recuerdo, cada vez más diluído, de Roberto Flores Múzquiz.

Roberto surgió, de pronto, en las tribunas de los diarios. Comenzó a escribir, analizando y criticando con audacia inaudita, al régimen represivo de Núñez. ¿De qué viviría ese loco alucinado, remedo de Quijote, caricatura de caballero andante? Porque ante la admiración que con su pluma adquirió entre la gente humilde y los intelectuales progresistas, Núñez lo acosó, lo persiguió.

A hurtadillas, Roberto continuaba escribiendo con pasión

indoblegable. Fue difícil encontrar la imprenta clandestina en la que, con agobiante penuria, se elaboraba el periódico "Innovación." Cuando la hallaron, le hicieron astillas y quemaron el local.

Roberto hubo de escapar fuera del país. Lejos de la jurisdicción de Núñez. En el extranjero, "Innovación" continuó publicándose.

Con su conducta indeclinable e incorruptible y su visión superlativa de la problemática nacional, resultaba indiscutible que Roberto había sido el precursor de la rebelión. Núñez lo odiaba con cuanta fuerza le era posible. Por ello, cuando sus asesinos a sueldo le reventaron la cabeza, Núñez creyó que había vencido.

No fue así.

El eco de las palabras de Roberto, otros lo recogieron. Su nombre, se transformó en estandarte del movimiento que, del período de gestación, pasó al de los hechos. El país se estremeció. Se alzó en armas. Núñez ya no pudo contener a los sublevados. Perdió el mando. Renunció, antes de que otra cosa aconteciera.

Para nunca olvidaría la despedida que le tributaron sus leales, cuando el barco zarpó. Con él se iban, irreversiblemente, cuatro décadas que calaron hondo en la lacerada historia de una nación que formó a su capricho.

Sobre el náutico vehículo, escuchó las vibrantes notas del Himno. Un sollozo le inundó desde el fondo de su descomunal tristeza, sin que pudiera evitarlo. Entonces, sintió su pasmosa ancianidad. Los años todos, aun los que no tenía, se le acumularon pesadamente. Se quedó varado en los linderos de la historia.

— . . . que te hablo, ¿no me escuchas?

Núñez se dio cuenta de que era a él a quien le hablaban. Su pensamiento regresó a donde estaba. Los doce restantes se le quedaron viendo, como si pensarán que Núñez se había desconectado totalmente de la realidad.

— Perdona — repuso —. No te oí.

— Olvídalo — intervino Pedro Miguel Castorena, el más joven de los comensales. Cuarenta y tres años de edad. Recién llegado a la isla. También, el que menos había gozado la alucinación, el espejismo del poder en dimensión tiránica.

La República de Condeoro, apenas ensayaba el primer gobierno civilista de toda su historia. Porque, desde la independencia, los militares se enfrentaban en disputas, se destituían unos a otros, se despedazaban en conflictos cuyo único motivo era la ambición de riquezas y de mando. Condeoro se transformó en sangrante botín de camarillas autócratas, de clanes elitistas.

Agobiados por tanta irregularidad, los condeorenses insistieron hasta lograr la elección democrática de un ejecutivo nacional.

Sin experiencia, se desbordaron en las urnas. Votaban con júbilo, con verdadero entusiasmo.

Al computarse las células eleccionarias, el ingeniero Samuel Vázquez Pedroza resultó estrepitosamente triunfante. Una victoria limpia, honesta, increíble incluso para los mismos condeorenses. Pero la aristocracia castrense no se dio por vencida. Aparentando fidelidad a las instituciones, urdía el complot.

No duró mucho el baluceo democrático.

Con exagerado lujo de fuerza, Castorena se apropió de las instalaciones del Palacio Nacional. Advertido a tiempo, Samuel Vázquez se refugió en el interior del país. Castorena, en tanto, se proclamaba Presidente de la República.

Condeoro se despertó ese día con asombro, renuente a creer las noticias que comenzaban a difundirse por los diversos medios de comunicación. Emeterio Sosa, dirigente de la Confederación Central de Trabajadores (C.C.T.), se opuso de inmediato a Castorena. Convocó a una huelga general de las fuerzas productivas del país. A su llamado, toda actividad se congeló. Sosa hizo el enérgico anuncio de que las banderas rojinegras no se guardarían, mientras Castorena permaneciera usurpando el poder.

Fueron tres semanas terribles.

Castorena utilizó tanques y aviones para masacrar a numerosos opositores que se congregaban en multitudinarias y permanentes manifestaciones de protesta. Los obreros nunca estuvieron solos en la lucha. El pueblo combatía junto de ellos. Encontraron sólido apoyo entre los estudiantes. La Universidad salió a la calle, inundándola con su vigoroso grito de rebeldía. Condeoro se llenó de llanto, de dolor, de luto.

Contra lo previsible, los países del mundo — incluyendo a las superpotencias — no reconocieron al régimen ilegítimo de Castorena. Por lo contrario, le rechazaron. Fueron retirando a sus embajadores y agregados diplomáticos. Castorena, entonces, se quedó suspendido en el aterrador vacío de la política internacional. Por si ello fuese poco y como un agobio más para Castorena, Samuel Vázquez reapareció en la capital de Condeoro, en una conferencia de prensa vertiginosa, relampagueante, que al difundirse hizo exaltar los de por sí embravecidos ímpetus del pueblo.

— Soy el Presidente Constitucional — afirmó Vázquez con la firmeza que le daba el saber que le asistía la razón —. Castorena es un usurpador. Un pillo uniformado que ni siquiera posee la mínima noción de cómo administrar al país. Le conozco de tiempo. Pertenece a la más tenebrosa prehistoria de la política. Es una criatura primitiva, desprovista de inteligencia y huérfana de criterio. Sé que le manejan. No merece sino el repudio

de los condeorenses bien nacidos. Por ello, convoco a mis hermanos de Patria para que nos unamos firmemente, en esta lucha que por su importancia resulta decisiva para el futuro nacional. Hay que acabar, lo más pronto posible, con este capítulo infamante y vergonzoso de nuestra historia.

A tres semanas de su absurda aventura con el país atravesando por la más completa y difícil crisis; las calles y avenidas ocupadas, de continuo, por manifestantes y disidentes que vociferaban en su contra; la guerrilla despedazando a una milicia de por sí dividida y confusa; los trabajadores, sin distingos de partidos políticos, sorprendentemente organizados y el incorruptible Sosa al frente de ellos; y una porción importante del ejército a favor de la restauración del interrumpido proceso democrático- Castorena hubo de dimitir.

Aquella noche . . .

Fabiana le había gritado furiosa, nerviosa, enloquecida:

— Renuncia. Vámonos. Deja este maldito infierno. No sabes cuánto me hace sufrir lo que está ocurriendo. Vámonos de aquí. Te lo suplico. Por el bien de tus hijos.

Pero cuando Fabiana se dio cuenta de que sus palabras se estrellaban contra un muro hecho de obstinación, le volvió a gritar, concluyente, por más que las lágrimas le hicieran trizas la voz:

— No quiero volver a saber de ti. Nunca.

Se fue. Le abandonó en el momento en que más la necesitaba. Se llevó a sus hijos. Nadie supo a donde.

Cuando quiso evitar que Fabiana se fuera y ya no pudo, Castorena sintió que penetraba en una dimensión de soledad que hasta entonces le había sido desconocida. Intentó ahogar su frustración en vino. Tomó en exceso, hasta el borde de la in-

toxicación alcohólica. Olvidó que su organismo no aceptaba el vino. Sin embargo, quería emborracharse para olvidar que estaba solo. Espantosamente huérfano de aquellos que, en verdad, podrían haberle brindado respaldo, apoyo, compañía. Nadie de los que él consideraba como suyos le había seguido en su aventura.

De pronto, un estallido hizo tambalear el severo edificio de la Presidencia. Sorprendido, Castorena buscó apoyo para no caer. El miedo le invadió en torrente caudaloso. Y le hizo estremecer, sin que hubiese necesidad de otro estallido. Bastó eso, para despejarle de la obnubilación que el licor le había producido. Reaccionó con brusquedad. Abrió la caja de valores. Guardó en su portafolio lo que de ahí extrajo. Fajos de dólares y numerosas cuentas bancarias en Suiza, en Inglaterra, en Estados Unidos y en Francia.

Sin que nadie lo advirtiera, subió precipitadamente a la azotea, en donde permanecía el helicóptero puesto a disposición exclusiva del Presidente. Lo abordó para manejarlo él mismo. Puso en práctica los conocimientos adquiridos en el curso especial, inspeccionando el combustible, revisando los mecanismos. Después, se elevó abrigándose en la distancia y en la oscuridad con que la noche emhoza a los forajidos.

Llegó a la frontera más próxima. Ahí se acordó de la invitación que en todos los diarios y revistas más importantes del planeta, había mandado publicar Jeremías Cabrera para que, los que como él sufrieran la incompreensión, la ingratitud, la indiferencia de sus pueblos, llegaran a encontrar refugio en la isla perdida en el confín de los continentes y en el umbral de la historia.

Desamparado, sin alguien a quien confiar la angustia de sus fracasos, Castorena alquiló un avión que le condujo hasta la isla.

La comida concluyó en silencio.

Contrario a lo que de costumbre acontecía, no hubo tema a tratar. Parecía como si todos los comensales se hubieran puesto de acuerdo para establecer la conjura del silencio.

Jeremías fue el primero en levantarse.

— Me voy — expresó a manera de despedida, aunque el tono de la voz sonaba impersonal, sin destinatario —. Agregó: — Gracias, Anatolia. Tengo que concluir algunas cosas que he dejado pendientes. Por si llegara a ofrecerse, estaré todo el día en casa. Te suplico que no vayas a molestarme ni para la cena, que ésa ya me la prepararé.

Anatolia asintió con la cabeza. Estaba demasiado cansada para hablar.

Jeremías apenas salía, cuando escuchó la voz apresurada e inconfundiblemente híbrida de Charles Poiré.

Jeremías volteó a verle. Se detuvo a esperarlo. Charles Poiré, corpulento, la piel negra brillando bajo el espléndido sol, le alcanzó con rapidez. Luego, ambos continuaron caminando.

Poiré hablaba confusamente, atropellando las palabras. Su español, pronunciado con pésimo acento, resultaba a duras penas entendible.

— Quiero pedirte un favor.

— Tú dirás — respondió Jeremías.

— Que me permitas el volumen de historia universal. El mismo que me mostraste la noche de ayer y que te pareció de mucho interés.

Jeremías sonrió, al tiempo que contestaba:

— Es tuyo. Puedes tomarlo. Sabes dónde está.

— Gracias. Al rato paso por él.

Satisfecho, Poiré se regresó, dejando que Jeremías continuara con su andanza.

Charles Poiré. General en grado inconmensurable. Soberano impar.

Educado en la Sorbona, regresó al Africa nativa, saturado de pedantería. Estaba insoportable.

Su encuentro con la grandeza napoleónica, le deshizo el débil muro que impedía, muy apenas, el desbordamiento de la locura que, peligrosa y potencial, palpitaba en sus neuronas. El día en que le llevaron a visitar la impresionante tumba del corso, sufrió una brusca convulsión y cayó desfallecido.

Cuando le levantaron, al reaccionar del desmayo, Poiré se despertó gritando con voz que no parecía la suya: "Lo he visto. Lo he visto. Bonaparte estaba frente a mí. Salio de su tumba. Me habló para designarme el continuador de una obra que a él no le dejaron concluir".

Quienes le escucharon, se dieron cuenta de que había enloquecido. Estaban en lo cierto. No había otra explicación. Poiré se transformó a partir de ese momento. Su semblante adquirió una expresión que nunca antes tuvo. Cambió radicalmente. Desde entonces, se hizo frecuente verle ensimismado en sus pensamientos. Parecía como si su locura se agravara a cada momento, de modo que cada vez le fuera más difícil regresar a su tiempo y a su espacio reales. Apartado de todos y de todo, se dedicó a leer, hasta la exageración, cuanto reseñara la epopeya napoleónica. Igualmente, exprimía cada línea, cada página de las *Memorias* del corso. Y mandó construir una estatua de mármol, que representaba a Napoleón de tamaño natural, con la que solía entablar interminables monólogos.

Regresó al Africa.

El doctorado recibido en la Universidad más prestigiada de Francia, le permitió asegurar el puesto de Primer Ministro. El, y Botuba, el primer Presidente en la historia de la nación, se dieron a la afanosa y difícil labor de llevar a Matura los adelantos de la civilización occidental, pero sin que perdiese sus características propias. Matura. "El país de los hombres que descienden de los siglos".

Evidentemente que el plan de Botuba para impulsar el progreso del país estaba bien definido. Consistía en estimular la producción económica, en incrementar la función educativa y en dar todo género de incentivos a la incipiente expresión cultural alimentándola con las nuevas corrientes del pensamiento, sin que por ello Matura diluyera su peculiar, autóctono, auténtico matiz.

Cuando Botuba, al frente del movimiento de insurgencia, logró que Matura se desvinculara de la Comunidad Británica, recibió la gratitud del pueblo que le aclamaba con desbordante espontaneidad, como el héroe que forjaba el destino y la soberanía de una patria saqueada por la voracidad de los colonizadores.

— Eres nuestro maturo — le decían, significando con la simple expresión del patronímico, la mayor admiración y respeto que se puede tener a persona alguna.

— Padre de la Patria — le nombraban otros.

Botuba, en cambio, rehuía los halagos, los homenajes, las manifestaciones de reconocimiento a su honesta y viril conducta. Le embargaba, sí, la satisfacción de haber derrotado en el fragor de las trincheras de la diplomacia a los flemáticos ingleses. Sólo que, ahora, no había oportunidad sino para entregarse al trabajo y a la conformación de la conciencia nacional.

— Debemos recuperar el tiempo que nos hizo perder el